

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 158 – domingo 14 de abril de 2019

Lo que conviene recordar sobre el Valle de los Caídos

Emilio Álvarez Frías

Es evidente que los españoles somos dados a crear leyendas negras sobre cualquier tema concerniente a la historia propia y sobre los próceres que la han hecho desde uno u otro ángulo de la vida, escaseando quienes podrían poner en claro los pasajes maltratados, intencionalmente confundidos, malignamente retorcidos, que han dejado caer sobre ellos a gotas o chorreones insidiosas de todo tipo. En los tiempos actuales, con el odio aportado por las izquierdas, valiéndose de los horrores de una guerra entre hermanos, sobre el Valle de los Caídos ha llovido de casi todo. Y los promotores, tanto como los vocingleros, ignorantes en su mayoría de los hechos que dieron lugar a la mencionada guerra, así como de los ocurridos durante ese periodo histórico y los posteriores, se han hartado, y lo siguen haciendo, de confundir, malversar la realidad, engañar, mentir, ensuciar y provocar el crecimiento de ese odio.

En este número:

- ✚ **Lo que conviene recordar sobre el Valle de los Caídos, Emilio Álvarez Frías**
- ✚ **Datos puntuales sobre el Valle de los Caídos, J.B.**
- ✚ **El Valle de los Caídos, Emilio Álvarez Frías**
- ✚ **A propósito de la entrevista que el Papa Francisco concedió a un periodista español, María Lilia Genta**

Nos gustaría que todos los españoles visitaran el Valle de los Caídos como lo están haciendo últimamente centenares de personas, y lo llevan efectuando miles de ellas desde que se abrieron sus puertas, pues, probablemente, llegarían a intuir qué es en sí el Valle. Y si en la visita incluyen la asistencia a la Santa Misa concelebrada por la Comunidad Benedictina quizá su respiración experimentaría una alteración durante todo el Oficio divino, en el que participa la escolanía del monasterio, fundamentalmente en el momento de tener lugar la consagración del Pan y el Vino con el templo a oscuras salvo la luz cenital que alumbraba el maravilloso Cristo del escultor nacionalista Julio Beovides.

Después de la visita no vendría mal alguna lectura de las que existen sobre el Valle y su construcción, desde el espléndido libro del arquitecto Diego Méndez a todos los otros que se han publicado respondiendo a la verdad y no al odio y la mentira.

Por culpa de las maquinaciones de Pedro Sánchez para exhumar los restos del general Franco, depositados en el Valle de los Caídos por decisión del rey Juan Carlos I, este monumento a la reconciliación de los españoles –reconciliación que está empeñando romper Pedro Sánchez– está en boca de todos, unos sin saber de qué hablan y otros tratando de defender esa expresión de la mencionada reconciliación que se consiguió en los años de posguerra gracias al deseo de quienes habían padecido el sangrante y lamentable choque entre hermanos. Nosotros mismos, en este digital, hemos traído a colación no pocos artículos de los muchos que se han escrito al respecto.

En nuestro permanente deseo de llegar a la verdad, limar asperezas, dar a conocer los avatares del Valle a quién todavía está en la ignorancia, procurar integrar a todos los españoles en una comunidad de paz, conociendo la historia y sacando de ella las muchas enseñanzas que hemos de obtener para hacer llevadera la convivencia entre distintos, reproducimos hoy, en este número especial lanzado desde la Puerta del Sol madrileña, un resumen esquemático que nos ha llegado sobre todos los pasos dados desde 1937 hasta nuestros días para que el Valle de los Caídos existiera, y para que en él se cumplieran los fines deseados para todos los españoles: la reconciliación. Aprovechamos también para incluir un trabajo más amplio sobre el mismo tema, publicado en la revista *Altar Mayor*, número 182, correspondiente a Abril-Junio 2018.

Dado que, en cierta medida, el artículo que nos ha enviado desde Argentina María Lilia Genta, comentarista política, tiene relación con el Valle de los Caídos y los estragos de la Guerra Civil que motivó la construcción del monumento, le incluimos en este número especial.

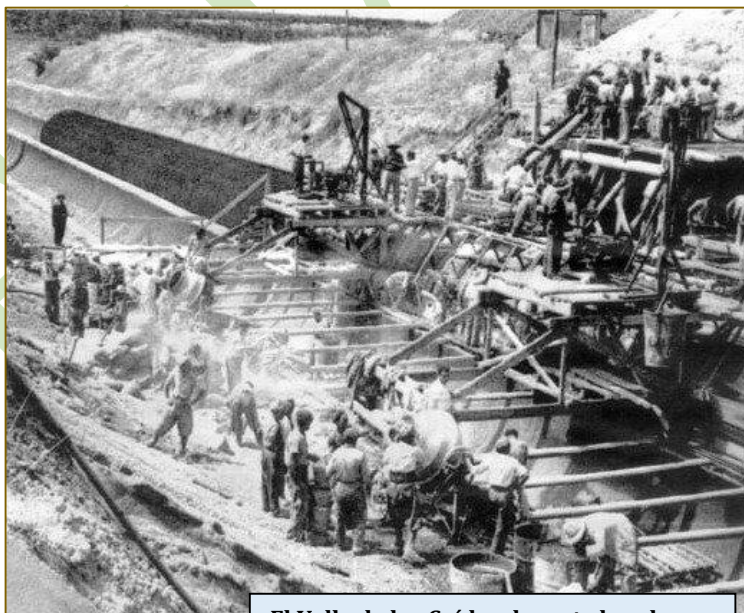
Datos puntuales sobre el Valle de los Caídos

J. B.

- En plena guerra civil (1937) Decreto sobre el «Trabajo de prisioneros de guerra» y «Presos comunes».
- OM. 7 Octubre 1938: Se crea el Patronato Nta. Sra. de la Merced para la «Redención de penas por el trabajo».
- 1939: fin de la guerra. Tras búsqueda afanosa, Franco elige el «Risco de la Nava» en Cuelgamuros (Madrid) para la construcción de un templo donde bajo la cruz, signo de reconciliación, reposen los restos de muertos de ambos bandos combatientes.
- 1 abril 1940: Decreto disponiendo la construcción de un templo, monasterio, Centro de Estudios Sociales, Hospedería...
- La obra estará exenta de cualquier gasto estatal. Se hizo con la suscripción popular ya existente para los gastos de la contienda recién terminada (dinero, valores, joyas) más la recaudación de un sorteo anual de Lotería Nacional que antes había cubierto la reconstrucción de la Ciudad Universitaria.
- Tiempo previsto: tan solo la excavación (60.000 metros cúbicos de roca) dos años). Además, la construcción de carreteras, Monasterio, centro de Estudios y Hospedería.
- Agosto de 1940: comienzan las obras.
- Empresas: Banús (carreteras), San Román (excavación), Molán (Monasterio) y Agromán. Comienzan con mano de obra libre contratada directamente por ellas. Unos trabajaban en el Valle y otros en sus talleres (canteros de los pueblos circundantes).
- El total de obreros hasta finalizar las obras: alrededor de 2.600 libres y un promedio de 300-400 penados.
- Jamás hubo un solo «forzado». En virtud de la Redención de Penas por el Trabajo, los que sufrían condena solicitaban y competían (complejión, salud) desde sus prisiones para lucrar la

oferta de trabajo en el Valle y otras obras públicas (embalses, poblados, etc.). Había muchas más solicitudes que puestos de trabajo.

- 23 abril 1943: llegada de los primeros reclusos: hasta condenados a pena capital conmutada por 30 años de reclusión. Más tarde se añadirían también algunos presos comunes que se acogieron a este beneficio. Al principio se redimían 3 días de condena por cada día trabajado, más tarde hasta 6 días por día de trabajo.
- En dos incendios que se produjeron en las obras (septiembre y octubre de 1943) se concedió un descuento de 6 meses a 32 reclusos que se distinguieron en su extinción y en el segundo incendio dos años a otros penados por igual causa.
- Salario: Tanto libres como penados el mismo del mercado exterior; pagas de julio y Navidad, los pluses de protección familiar en vigor y su inclusión en Seguridad Social. Se les pagaba en una libreta de la Caja Postal a disposición de su familia, menos un 15% a ellos para sus gastos en el poblado.
- Permisos: para salir a los pueblos de alrededor donde, escaso el trabajo, los lugareños les llamaban «enchufados». En aquel tiempo el control y vigilancia hacían imposible cualquier fuga.
- Escuela en el propio recinto. Economato. Cantina, servicio médico (médico, practicante y maestro penados) que al quedar libres optaron por seguir en el Valle ejerciendo su profesión hasta jubilarse. Misa diaria voluntaria.
- Anécdota singular: el apodado «matacuras» por motivos obvios, al cumplir su condena pidió y obtuvo quedarse de guarda de la Abadía hasta su jubilación.
- Al cumplir, se les gestionaba vivienda social en los poblados madrileños.
- Defunciones: contra mentiras habitualmente escuchadas, tan solo 14 de los que 5 fueron por coniosis (padeamiento laboral típico de la minería) y el resto por accidente. Lo prueba el certificado médico, el Registro Civil y el cementerio de San Lorenzo de El Escorial, municipio de asentamiento donde cualquiera puede comprobarlo.
- 1950: interviene Huarte, constructora de la cruz monumental. La más alta del mundo (150m. de altura, 300 desde la entrada del templo), 6 metros de ancho y un ascensor interior (Exclusivamente obreros libres ya que en esa fecha ya no quedaban penados en el Valle).
- 1957: final de las obras. Inauguración 1 de abril de 1959.
- Coste final a su inauguración 1.159.505.637,23 Ptas., equivalente a unos 26 millones de euros actuales.
- 27 de mayo 1958: SS. Pío XII instituye y da nombre a la nueva Abadía: «Santa Cruz del Valle de los Caídos».
- 30 mayo 1958: Acuerdo del Estado y la Fundación del Valle con la Abadía Benedictina de Silos para el envío de 20 monjes para constituir la nueva Abadía.



El Valle de los Caídos durante las obras

- 17 marzo 1959: Llegada de los primeros restos para su enterramiento. Los últimos (200 procedentes de Valdemoro (Madrid) llegarían el 13 de junio de 1983 bajo la presidencia de Felipe González.
- 4 junio 1960: Consagración del templo como Basílica por el Cardenal Cicognani, designado especialmente por el Papa.
- 23 noviembre 1975: enterramiento de Francisco Franco a petición de S.M. Juan Carlos I aceptada por el Abad Benedictino Logendio. Pese a haber sido el promotor del complejo monumental de Valle, ni él lo previó, ni nadie en tantos años (de haber sido así, se habría reservado para su sepultura el lugar principal, ante el altar, como se hace en los grandes templos y catedrales del mundo y no detrás).

Datos reales, comprobados. Si cree que interesan a otros cópielos y páselos.

Para nuevas informaciones, reproducción de documentos, centros y archivos ver *Los presos del valle de los caídos*, del historiador Dr. Alberto Bárcena (Ediciones San Román) o *El último preso del valle* rico en anécdotas personales cuyo autor, Miguel Rodríguez, fue Jefe de la Célula Comunista entre los reclusos de Valle (Libros Alcaná).

El Valle de los Caídos

Emilio Álvarez Frías

A pesar de los cientos de miles de personas que cada año visitan el Valle de los Caídos, y a lo mucho que últimamente se ha hablado sobre él, lo cierto es que no son demasiados los que tienen una idea clara y concreta de la realidad del Monumento que se halla en el valle de Cuelgamuros, el por qué y para qué se hizo.

Sin que realmente sea una idea precursora, ya, en 1911, Carlos Fernández Shaw tuvo una visión de una gran Cruz elevada sobre la Sierra de Guadarrama que reflejó en el poema «Siete Picos, la Cruz soñada». Saquemos algunos de los versos:

Sobre la mole de tantas rocas, al fin tan alta; / ... / mi anhelo dice mirando al cielo: ¿Qué es lo que falta? / ... / Y al ver el monte, constantemente desde el abismo / torno a decirme: sobre



La Cruz monumental sobre el Risco de la Nava, desde la Hospedería externa

sus rocas, algo me falta / ... / ¡Una grandiosa / Cruz portentosa! / ¡De firme tronco! / ¡De grandes brazos! / ¡Una radiante Cruz, colosal, / ... / no solamente la Cruz soñada: ¡la verdadera! / ¡Puerto, refugio, símbolo, Guía! / ¡Cruz redentora! / ¡La del que implora, / la del que espera, la del que sufre, la del que llora!

Tendrían que pasar cuarenta años para que el sueño del poeta se hiciera realidad, si no en el macizo de los Siete Picos, sí en el valle de Cuelgamuros, próximo al Alto de los Leones, convirtiendo en realidad la idea de otro español ilustre, Francisco Franco, que buscara un lugar en el que se consiguiera la reconciliación en la muerte de los españoles que se enfrenta-

ran durante la Guerra Civil des-de distintas trincheras. Y en esa idea fue levantado el Monumento

para cobijo de los restos de esos españoles, unos 40.000 cuerpos que hoy reposan en la basílica, 55 de ellos beatificados.

Allí, desde la concepción cristiana de la muerte, la Comunidad Benedictina eleva cada días sus preces por los que, bajo su custodia, hallaron la paz, al tiempo que lo hacen también los miles de fieles y visitantes que acuden al lugar, siendo uno de los monumento más concurridos de cuantos componen el Patrimonio Nacional.

Ya el Papa Juan XXIII, al declarar basílica la iglesia de la Santa Cruz, decía:

En este monte sobre el que se eleva el signo de la redención humana ha sido excavada una inmensa cripta, de modo que en sus entrañas se abre un amplísimo templo, donde se ofrecen sacrificios expiatorios y continuos sufragios por los caídos de la Guerra Civil de España. Y allí, acabados los padecimientos, terminados los trabajos, y aplacadas las luchas, duermen juntos el sueño de la paz, a la vez que se ruega sin cesar por toda la Nación Española.

Conozcamos el Valle de los Caídos

Para opinar es conveniente conocer. Es una máxima altamente recomendable a la par que poco practicada. Por ello invitamos a visitar el Monumento, aunque sea brevemente, pues es aconsejable hacerse una idea de qué y cómo es el Valle de los Caídos.

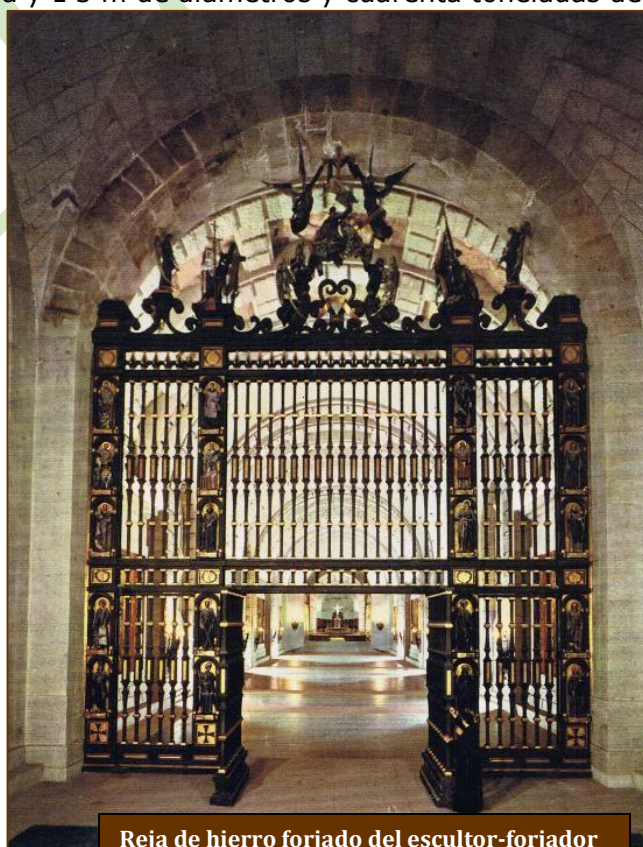
Aunque parezca una obviedad, digamos dónde está. Se encuentra situado a 50 km de Madrid, y se accede al mismo por la carretera que enlaza los pueblos de Guadarrama y El Escorial. Es fácil llegar, no tiene pérdida, pues la señalización desde la autopista A-6 es correcta.

Una vez que se traspone la puerta de acceso al valle de Cuelgamuros, la carretera nos lleva directamente al Monumento. El primer encuentro es con los denominados «Juanelos», cuatro monolitos cilíndricos de piedra de 11'5 m de altura y 1'5 m de diámetros y cuarenta toneladas de peso cada uno, labrados en el siglo xv bajo la dirección de Juanelo Turriano y que fueron rescatados del abandono en el que permanecían desde entonces en la cantera de la provincia de Toledo donde fueron tallados.

El siguiente encuentro lo tendremos con la gran explanada de 30.600 metros cuadrados que se abre ante el monumento, desde la que es posible contemplar en toda su grandiosidad la arquería de veinte arcos de línea clásica que flanquea la puerta de acceso a la basílica. Ésta, de bronce, de 10'40 m de altura por 5'80 m de ancho, es obra del escultor Fernando Cruz Solís, decorada con bajorrelieves representando los misterio del Rosario con un friso bajo con los Apóstoles.

La basílica

Franqueando la puerta, es preciso atravesar cuatro espacios intermedios antes de llegar a la gran nave de la basílica. Primero, el denominado «Pórtico»; tras unas puertas de nogal de cinco por cuatro metros, accedemos al «Atrio» cerrado al frente con una segunda puerta de nogal. Pasando ésta, se está en el «Espacio intermedio», custodiado por dos arcángeles de bronce modelados por el escultor Carlos Ferreira; desde este «Espacio intermedio» podemos contemplar, en toda su magnitud, la planta de la gran basílica a través de la reja de hierro que cierra la nave,



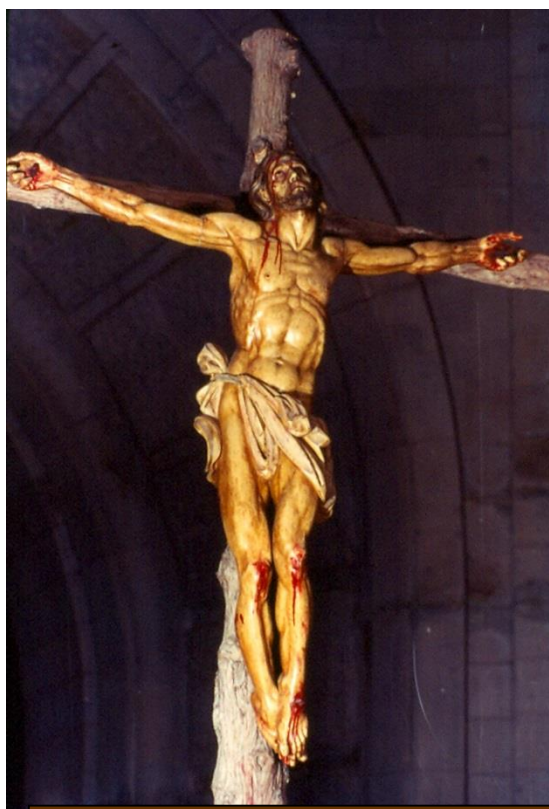
Reja de hierro forjado del escultor-forjador José Espinós Alonso

proyectada por el arquitecto Pedro Muguruza a la manera clásica de algunas de nuestras catedrales, y debida al escultor-forjador José Espinós Alonso.

La reja nos abre el camino a la nave principal, de 88'40 m de longitud por 18 m de ancho y 19 m de altura, que termina en el crucero don-de se encuentra el altar mayor.

Mientras caminamos por la nave central nos acompañan, proporcionando la luz necesaria, unos grandes hachones de hierro realizados también por el escultor José Espinós Alonso. A uno y otro lado podemos detenernos unos momentos a meditar ante las seis capillas laterales, con bajo-relieves de alabastro, dedicadas a distintas advocaciones marianas que representan a la Inmaculada Concepción, patrona del Ejército de Tierra; la Virgen del Carmen, patrona de la Marina; la Virgen de Loreto, patrona de la Aviación; la Virgen de África, en recuerdo del Ejército de África; la Virgen de la Merced, patrona de los Cautivos; la Virgen del Pilar, patrona de España. Las tres primeras fueron talladas por Carlos Ferrera; la de la Merced por Ramón Lapayese y por Ramón Mateu las de Loreto y el Pilar. Cada capilla, sobre el ara, tiene un tríptico de cuero policromado, al estilo de los cordobanes españoles, representando escenas de la Virgen, realizados por José Lapayese.

Entre una y otra capilla habremos advertido, en los laterales, ocho magníficos tapices sobre el Apolalípsis de San Juan Evangelista, réplica realizada en los talleres de la Fundación Francisco Franco de los que se encuentran en el Palacio de La Granja, tejidos en Bruselas con fecha anterior a 1540 por Guillermo Pannemaker, adquiridos por Felipe II quien los trajo a España en 1553. Cada tapiz mide 12'63 m de largo y 5'23 m de ancho.



Cristo del altar mayor del escultor vasco nacionalista Julio Beobides, policromado por Ignacio Zuloaga

Hemos de subir diez escalones para situarnos en el nivel del Crucero, lugar desde el que los fieles asisten a la celebración de la Eucaristía. A uno y otro lado, en las pilastras de las bóvedas, permanecen dando guardia permanente unas esculturas que representan a las Fuerzas Armadas, obra de los escultores Antonio Martín y Juan Antonio Sanguino.

En este momento debemos sentarnos en el primer banco, frente al altar, para contemplar la gran bóveda, de 40 metros de alto y 38 de diámetro, mosaico de bellísima policromía, en el que el artista Santiago Padrós Elías presenta un grandioso cántico de resurrección y gloria. En el centro del mosaico, presidiendo el conjunto, se encuentra la figura de un Cristo sedente en Majestad al que llegan multitud de santos, héroes y mártires. Frente al Padre Eterno, la Virgen Santísima como Mediadora. El hechizo nos hará permanecer un tiempo con la cabeza levantada admirando la obra del mosaista, buscando quién es cada uno de los santos, héroes o mártires representados. Quizá alguien nos susurre que aquella o aquesta otra cara es la de tal o cual personaje del tiempo en que fue realizada la obra.

Al bajar la vista, si es que antes no hemos prestado la debida atención, nos detendremos en el Cristo que preside el altar mayor, obra del escultor vasco Julio Beobides, iluminado por un reflector cenital desde el centro de la bóveda. Segu-

ro que quedaremos impresionados por la magnífica talla. Vamos a detenernos unos momentos porque merece la pena conocer cómo llegó hasta allí, lo que hacemos de la mano del escritor y periodista Alfredo Amestoy:

«...al ser invitado [Francisco Franco] a una fiesta que daba el pintor Zuloaga en su casa de Zumaya, descubre en su capilla una figura que le deja deslumbrado. Es, precisamente, el Cristo que siempre había soñado para el altar mayor del Valle. Le pregunta quién es el autor de esta

talla que el propio Zuloaga había policromado. Don Ignacio duda si ocultárselo, pero le acaba confesando que es de Beobide, un escultor nacionalista vasco. Zuloaga también engaña, al principio, al escultor diciéndole que un americano se ha interesado por una copia del Cristo que había hecho para su capilla. Franco sorprende a Zuloaga cuando le contesta que no le importa cómo piense políticamente el escultor. Además, lo que él quiere es que ese Cristo, en el altar del Valle de los Caídos, sea el símbolo de la conciliación. [...] La madera para hacer la cruz de este Cristo la había elegido el propio Franco en la Sierra».

A ambos lados del crucero se encuentran las capillas dedicadas al Santísimo y al Descendimiento, y, al fondo, el coro, de planta semicircular y tres niveles, de austero estilo clásico, de madera de nogal tallada por la familia Lapayese con escenas de las Cruzadas.

Sin duda la rápida y superficial visita que hemos realizado nos invita a volver en otra ocasión con mayor reposo, para disfrutar de la paz y tranquilidad del lugar, para meditar, y para admirar cada una de las obras de arte ante las que nos hemos detenido apenas unos segundos requiriendo cada una de ellas más tiempo para solazarse ante la belleza.

Como colofón de la visita a la basílica diremos que es el mayor templo del mundo con una capacidad de más de veinticuatro mil personas.

Conjunto monumental de la Cruz

Con la promesa de volver, salimos al espacio abierto y nos disponemos a valorar, en toda su magnificencia, el conjunto quizá más llamativo del Valle de los Caídos: la Cruz que preside el monumento.

El conjunto de la Cruz consta de tres partes: el basamento sólido de 24 m de altura, en el que se encuentran adheridas en las cuatro esquinas las figuras de los cuatro evangelistas (Mateo, Marcos, Lucas y Juan); sobre este primer cuerpo un segundo de 17 m de altura con las figuras de las cuatro virtudes cardinales (Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza); y por encima la Cruz propiamente dicha de 108 m, lo que supone un total de 150 m de altura sobre el nivel de la base. ¡Cómo estaría de contento Fernández Shaw si hubiera llegado a conocer esta inmensa Cruz en la Sierra del Guadarrama por él soñada! Tanto las esculturas de los evangelistas como las de las Virtudes Teologales son de Juan de Ávalos, así como la Piedad situada en la parte superior de la portada de entrada a la basílica, grupo escultórico de 12 m de longitud y 5 de altura.



El Evangelista Lucas al pie de la Cruz monumental, de Juan de Ávalos

Comentando a vuela pluma las dimensiones de la Cruz y de los grupos escultóricos se llega a la conclusión de que son admirables; pero hay que situarse bajo los evangelistas para advertir la magnitud real de la obra.

Frente al lugar en el que nos encontramos se abre la gran explanada de acceso, donde pueden reunirse doscientas mil personas; desde allí podemos solazar el ánimo en la contemplación del bosque que se eleva hasta las cumbres circundantes entre roquedales, jaras y maleza, chopos de Granada y León, olmos extremeños, pinos de Castilla, hayas

de Navarra, pinabetes de Aragón y Cataluña, pinsapos de Andalucía y abedules de Galicia con que fue repoblado el Valle para velar el silencio eterno de cuantos españoles nacidos en los más diversos rincones de España se han dado cita en un profundo abrazo de hermandad para la eternidad.

Y podemos alcanzar a ver la capilla que corona el risco Altar Mayor, que forma parte del Vía Crucis que recorre los riscos del norte del Valle, desde los «Juanelos» hasta la capilla del Cristo Yacente

de la basílica, zigzagueando entre rocas y arbustos, pinos y juníferos, cedros y secuoyas, a lo largo de 4'7 km.

Nuestro breve recorrido nos ha podido ilustrar algo sobre el monumento que es el Valle de los Caídos. A unos les habrá parecido grandioso (lo que sin duda es); otros habrán pasado de largo por los conjuntos escultóricos, la colección de tapices, la rejería de José Espinós, el Cristo de Julio Beobides, los mosaicos de Santiago Padrós, con apenas una mirada y el intento de una foto; bastantes lo habrán hecho con espíritu crítico morboso; otros habrán escuchado las explicaciones de un guía de turismo mal informado, que habrá destacado lo menos importante y dejado en el tintero lo que en realidad es y representa el Valle de los Caídos.

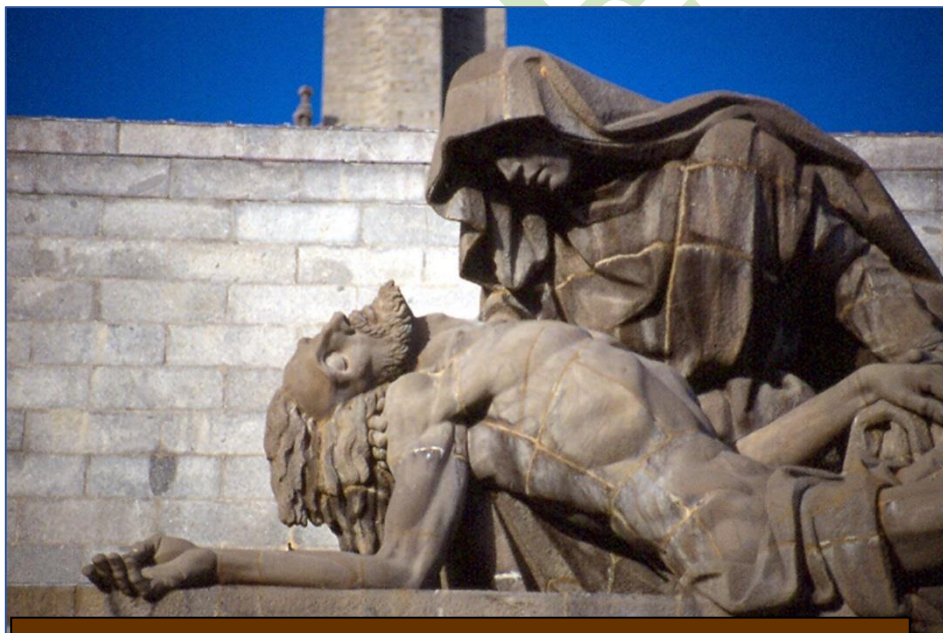
Por eso hemos de pararnos unos minutos si de verdad queremos saber algo de lo que en realidad encierra el Valle, que quizá no es lo material por más que su belleza abrume, sino de índole espiritual lo que se advierte cuando uno predispone el ánimo para ello.

Qué es el Valle

Nos vamos a atrever a preguntar al lector que a estas alturas todavía nos sigue: ¿Ha estado alguna vez en Jerusalén? Por si no ha tenido la dicha de ir a la Tierra del Señor le diré que si lo hace con el ánimo que normalmente predispone al turista se llevará una gran desilusión, se aburrirá soberanamente y estará deseando tomar el avión de vuelta. Porque, a Jerusalén, a Tierra Santa, a Nazaret, a Belén... hay que ir de otra forma, no como turista. Hay que ir al encuentro del Señor, del Dios de los cristianos, o del Yahvé de los judíos.

Pues bien, sin que los lugares y situaciones sean comparables, sí diremos que al Valle de los Caídos hay que ir con la mente abierta y el espíritu dispuesto para comprender el significado del monumento. Porque es fundamental.

Habría que recomendar a quien acuda al Valle con intención de conocer su realidad que, antes de iniciar la visita, aunque no sea católico, asista a la celebración de la misa conventual que cada día oficia la Comunidad Benedictina en la basílica, en la que participa la escolanía del monasterio.



La Piedad (fragmento), instalada sobre la puerta de entrada a la basílica, obra de Juan de Ávalos, que nos habla del dolor de la muerte de los seres queridos

Seguro que queda cautivado, alcanzando el clímax en el momento de la consagración, cuando todo el templo queda en la penumbra y sólo permanecen iluminados el altar y por ende la Cruz y la mesa donde es consagrado el pan y el vino, Cuerpo y Sangre del Crucificado. Ahí podemos empezar a conocer qué es el Valle.

Un monumento a los caídos estuvo en la mente de Francisco Franco desde el principio de la dolorosa Guerra Civil que enfrentó a los españoles entre los años 1936 y 1939, queriendo unir a todos los

muertos habidos durante la misma. Pero consideraba que tenía que ser singular, no a la manera de los que se prodigan por diferentes lugares. Estimaba que un gran cementerio era condenar al olvido a los que dieron todo por su Patria, un monumento al Soldado Desconocido era extrañar la trascendencia de cada ser humano que había dejado su vida en los campos de batalla o en cualquier cuneta de carretera o tapia de cementerio. Franco concebía que el monumento que se

había de levantar tenía que ser de recuerdo permanente para que nunca más volviera a producirse el enfrentamiento entre hermanos. Y para ello nada mejor que la custodia del mismo estuviera bajo los brazos de la Cruz que simboliza el sacrificio del Hijo de Dios por todos los hombres, acogiendo amorosamente a cuantos reposan en la cripta de la basílica.

Complementariamente, para que se pudiera investigar acerca de los medios más adecuados para que los hombres no se enfrentaran con los hombres en demanda de los derechos a que como tales son acreedores, se creó el Centro de Estudios Sociales con el fin primordial de seguir al día la evolución del pensamiento social en el mundo, así como la legislación que se fuera promulgando y las realizaciones y avances de todo tipo que tuvieran lugar en cualquier país, manteniendo, para ello, una biblioteca especializada en humanidades y ciencias sociales, realizando y divulgando los trabajos que en materias sociales elaborara el Centro, y preparando los estudios e informes que le fueran encargados.

Del seguimiento de todo ello, como se ha indicado anteriormente, se encarga a la Comunidad Benedictina. El lugar de residencia de los monjes es la abadía que se encuentra a espaldas de la basílica, donde también se forman los niños que componen la escolanía. Frente al monasterio, y unido por dos filas de arcadas, se halla la hospedería y lugar en el que se reside el Centro de Estudios Sociales, en un bello conjunto arquitectónico.

Verdades y mentiras sobre el Valle de los Caídos

Quedaría un tanto incompleto este recorrido por el Valle de los Caídos si no hiciéramos mención a lo que corre de boca en boca por mala información, a lo que dicen o han escrito malévolos y rencorosos personajes que no han sabido encontrar el hermanamiento con sus otros, al ánimo de no pocos mezquinos, bastantes aprovechados que utilizan la demagogia y el embuste para medrar en el estero en el que no se busca la comprensión y la verdad, sino todo lo contrario. Por ello conviene dar unas pinceladas esclarecedoras de hechos comprobables y documentados, no escuchados por ahí a ignaros e incompetentes, ejemplo de lo que es mucho de lo que se dice o escribe.

Respecto a los trabajadores que hicieron la obra, don Diego Méndez, arquitecto y director de la misma en su segunda fase, dice que «durante los quince años que duraron los trabajos intervinieron dos mil hombres (ni todos a la vez ni todos penados)». Hay documentos que señalan que la cifra de obreros ascendieron a dos mil seiscientos cuarenta y tres, de los que penados no llegaban al diez por ciento, acogidos libremente a la «redención de penas por el trabajo», a razón de seis días de redención por uno trabajado –más de lo que posteriormente se estableciera en el Código Penal de tres por cada dos– además de indultos y concesiones de «libertad provisional». A una parte de los penados por causa de la Guerra Civil les había sido conmutada previamente la pena capital por treinta años de prisión, habiendo quedado libres a los cinco años, pues en 1950 ya no había ninguno en las obras de Cuelgamuros, aunque sí presos comunes que se acogieron a la citada disposición.



Escuela para hijos de los trabajadores que funcionó durante la construcción del Valle, todavía en pie

Además, recibían un sueldo de siete pesetas diarias, que enseguida subieron a diez más pluses por trabajos a destajo o peligrosos.

Es el periodista Alfredo Amestoy el que nos dice, que, en 1979:

Francisco Rabal me contó en pantalla [de TVE] que, en los años cuarenta, el único trabajo que encontró su padre, que era tunelero, fue el de horadar el Risco de la Nava, en cuyo interior se construía la basílica. Los Rabal, de ideas comunistas, estaban contratados y ocupaban viviendas que se habían construido para los trabajadores.

Por lo tanto, por confesión de parte, queda claro que esta familia no estuvo en las obras del Valle de los Caídos como penados, según más de uno ha escrito.

Un caso frecuente entre los penados es el que representa don Luis Oreja, practicante, condenado a nueve años, quien, al quedar en libertad después de llegar al Valle, optó por permanecer allí, donde llevó a su mujer y nacieron sus cuatro hijos.

A don Gregorio Peces-Barba del Brío, condenado a muerte por hechos reflejados en la Causa General, en 1942 le fue condonada la pena de muerte, llegó al Valle a comienzos de 1944 y en abril recibió la libertad condicional con lo que pudo abandonar el Valle. A pesar de ser enemigo de Franco y detractor del monumento, el señor Peces-Barba Brío indirectamente coincidía con los fines del monumento, como él mismo manifestó, y que debieran leer muchos de nuestros actuales gobernantes, encabezados por su propio hijo:

Teníamos que ir inculcando a nuestros hijos, lo que teníamos que ir inculcando a las generaciones que pudieran sucedernos, es que en España no podía volver a repetirse aquella tremenda catástrofe que supuso nuestra Guerra Civil: por eso pienso que los vencidos de la guerra no hemos tenido presente más que el deseo de que entre las dos Españas no se siguiera ahondando. El ahondar entre las dos Españas no ha sido fruto de los vencidos. Yo quiero resaltar eso, que a los vencidos, que hemos hecho la Guerra Civil y somos supervivientes de la Guerra Civil, no se nos puede ni se nos debe tachar de revanchistas ni de marcados. Los que hemos hecho la Guerra Civil hemos sido desde el primer momento los más interesados en educar a nuestros hijos en el respeto y en el amor al prójimo; en educarles en el sentido de que su vida y su actividad y sus vivencias políticas vayan encaminadas a que de una vez para siempre vuelva a haber paz entre los españoles y aquello no vuelva a producirse.

Respecto a los muertos que se produjeron durante las obras, es imprescindible tener en consideración las palabras de don Ángel Lausín, médico que llegó a Cuelgamuros el año 1940 para redimir pena:

Como médico del Consejo de Obras del Monumento me ocupé de todos los obreros de las diversas empresas que trabajaban allí. Hubo accidentes, enfermos, partos, de todo. Hubo catorce muertos en todo el tiempo de la obra, porque yo estaba allí todo el tiempo.

Es un hecho que la leyenda negra persigue todo hecho histórico de España. Por ello se ha escuchado más al hijo de don Claudio Sánchez Albornoz que a quienes de verdad vivieron las obras de Cuelgamuros. Este personaje, que ha difundido ampliamente su idea de que el mejor destino del monumento debería ser convertido en garaje, llegó al Valle en los años cuarenta para cumplir parte de una condena política de poca monta, y de allí se fugó el poco tiempo. Esto no resultaba difícil ya que, según refiere el propio señor Peces-Barba, había libertad de movimientos, incluso para ir a los cercanos pueblos de Guadarrama y El Escorial. El citado personaje fue contando por doquier una historieta llena de imaginación, en cierta medida rocambolesca, aunque, según algunos personajes del momento filtraron, le fue facilitada la huida en atención de su padre.



Enterramiento de Franco en el Valle de los Caídos por decisión del rey Juan Carlos I

José Antonio y Franco en el Valle de los Caídos

Hemos de terminar, y lo haremos con uno de los puntos más controvertidos: los enterramientos de José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco.

Desde el primer momento de la construcción del monumento, José Antonio tenía reservado su lugar para el eterno descanso como «víctima pasiva de una guerra civil en la que no participó, como el propio Indalecio Prieto comentó, doliéndose de que no se hubiera dejado al gobierno de la República la opción de salvar su vida», nos dice el profesor Luis Suárez.

En cuanto al enterramiento de Francisco Franco, hay que repetir incansablemente que en ningún momento él hizo la colosal obra a mayor gloria de su persona y de su ejecutoria como laureado militar y juicioso y ponderado estadista, pues había previsto el lugar definitivo para el reposo de sus restos, y los de su esposa, en el casi perdido cementerio de El Pardo, donde había levantado a tal fin una pequeña ermita.

La decisión de que Franco se encuentre en el Valle de los Caídos recae sobre S.M. el Rey Juan Carlos I, quien dicta la orden de que los restos de Franco fueran entregados «al padre Abad Mitrado de la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos», que dice:

...he decidido que los Excmos. Sres. Don Ernesto Sánchez-Galiano Fernández y don Ramón Gavilán y Ponce de León, primer y segundo jefes de la Casa Militar, y don Fernando Fuertes de Villavicencio, Jefe de la Casa Civil de S.E. e Intendente General, que acompañan a los restos mortales de su Excelencia, os los entreguen. Y así os encarezco los recibáis y los coloquéis en el sepulcro destinado al efecto [...]. El padre Abad me manifiesta e mí, el Notario, en su propio nombre y en el de la Comunidad que regenta, que acepta como un honor la Orden de Su Majestad, y que la cumplimentará con el celo que corresponde a la alta misión que entraña.

¿Por qué nadie se molesta –historiadores, escritores de los más variados géneros, políticos de campanillas o segundones, o simples mortales– en leer este documento que está a disposición de quien lo desee?

A propósito de la entrevista que el Papa Francisco concedió a un periodista español

María Lilia Genta

El pasado domingo 31 de marzo, el Papa Francisco concedió una larga entrevista televisiva al periodista Jordi Évole, conductor del programa «Salvados» de la cadena española La Sexta, conocido por su izquierdismo radical e indisimulado anticatolicismo. De todo lo que allí dijo y declaró el Papa no voy a referirme al tema, estrictamente argentino, de los «más de treinta mil desaparecidos» –según expresión textual– durante el gobierno militar porque ya lo

han hecho –con el estilo de siempre, valiente y exacto– los miembros de la Asociación de Abogados por la Justicia y la Concordia, entre varios más que se expresaron al respecto.

En cambio, sí quiero señalar una respuesta suya sobre España y la Guerra de 1936-1939 que me dejó atónita. ¿A qué católico se le puede ocurrir asentir sin réplica a la insidiosa pregunta del periodista que aludía a supuestos desaparecidos del bando rojo durante aquella contienda y menos decir que un pueblo no alcanza la paz hasta que



El Papa Francisco durante su entrevista con el periodista español

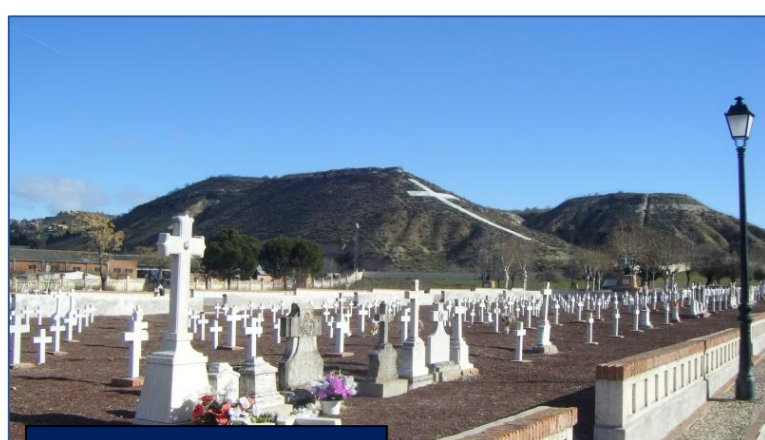
no entierra sus muertos? ¡Decir eso en relación a España donde los vencedores construyeron el último gran monumento de la Cristiandad en el que reposan caídos de ambos bandos (aclaro que todos los allí sepultados lo están previo consentimiento de sus familiares) suena a escandalosa injusticia! Me refiero, por supuesto, al Valle de los Caídos, Basílica excavada en la roca de la

Sierra de Guadarrama y a la que el Papa Juan XXIII le concedió tantos privilegios que, si no yerro, es después de San Pedro, la que más privilegios posee.

No expresaré con mis palabras las opiniones y los juicios verdaderamente católicos que merecieron la Cruzada martirial española y su vencedor, el Generalísimo Franco sino que me valdré de las de los obispos y papas de aquella época.

Por empezar, fueron, curiosamente, dos ilustres cardenales catalanes, Enrique Plá y Deniel (obispo de Salamanca y más tarde arzobispo de Toledo y cardenal) e Isidro Gomá y Tomás (cardenal y arzobispo de Toledo) quienes calificaron de Cruzada al Alzamiento militar de 18 de julio de 1936. Así, escribía, el Cardenal Gomá: «La opinión pública considera esta guerra como una verdadera Cruzada».

Otros obispos y arzobispos, antes y después de la Carta Colectiva del Episcopado del 1 de julio de 1937, subrayaron también el carácter de Cruzada que tenía la guerra. El obispo de Córdoba Adolfo Pérez y Muñoz afirmaba: «El pueblo español se ha puesto de pie para la Cruzada más heroica que registra la Historia» (Boletín Eclesiástico de la Diócesis del 30 de diciembre de 1936).



Camposanto de Paracuellos

El obispo de Zaragoza Rigoberto Doménech y Valls: «Ha transcurrido poco más de un mes desde que nuestro glorioso Ejército, secundado por el pueblo español, emprendió la presente Cruzada» (Circular 1 del 2 de agosto de 1936, año 75, n 15, del 29 de agosto de 1936, pp. 225-228). El arzobispo de Santiago de Compostela, Tomás Muñiz Pablos: «La Cruzada [...] es patriótica, sí, muy patriótica, pero fundamentalmente, una Cruzada religiosa, del mismo tipo de las Cruzadas de la Edad Media» (Boletín de la Diócesis, año 71, n 2760, pp. 233-238).

Sigue una larguísima lista imposible de transcribir en su totalidad¹.

Interesa además destacar particularmente algunas opiniones posteriores a la guerra después del triunfo de Franco como la del obispo de Astorga Jesús Mérida y la del obispo de Cuenca, José Guerra Campos. Decía el primero: «Se está estructurando un nuevo orden político nacido de una Cruzada» (Revista *Ecclesia* del 7 de mayo de 1949). Y Guerra Campos afirmaba: «Para definir lo que entonces [...] vivió la Iglesia española siguen siendo términos ciertos los de Mártires y Cruzada. La opinión católica y la jerarquía se adhieren con entusiasmo al Movimiento Nacional, considerado como verdadera Cruzada» (Carta Pastoral *Amor a la Patria* del 9 de abril de 1939)².

En cuanto al juicio que expresaron los Papas Pío XI y Pío XII es muy difícil elegir de entre todos los textos disponibles: tantos y tan elocuentes y elogiosos son. En la Encíclica *Divini Redemptoris* del 19 de marzo de 1937, Pío XI aludía a la situación española en estos términos:

También en las regiones en que, como en nuestra queridísima España, el azote comunista no ha tenido tiempo todavía para hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, sin embargo, como para desquitarse, con una violencia más furibunda. No se ha limitado a derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que, cuando le ha sido posible, ha destruido todas las iglesias, todos los conventos e incluso todo vestigio de la religión cristiana, sin reparar en el valor artístico y científico de los monumentos religiosos. El furor comunista no se ha limitado a matar a obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de un modo particular a aquellos y a aquellas que precisamente trabajan con mayor celo con los pobres y los obreros, sino que, además, ha matado a un gran número de seglares de toda clase y condición, asesinados aún hoy día en masa, por el mero hecho de

¹ Tomamos estos datos de la documentadísima obra de Don Blas Piñar, *La Iglesia y la Guerra Española de 1936 a 1939*, Madrid, 2013.

² *Ibidem*.

ser cristianos o al menos contrarios al ateísmo comunista. Y esta destrucción tan espantosa es realizada con un odio, una barbarie y una ferocidad que jamás se hubieran creído posibles en nuestro siglo. Ningún individuo que tenga buen juicio, ningún hombre de Estado consciente de su responsabilidad pública, puede dejar de temblar si piensa que lo que hoy sucede en España tal vez podrá repetirse mañana en otras naciones civilizadas³.

Por otra parte son ampliamente conocidos el particular celo y la firmeza con el que Pío XI sostuvo la causa de la Cruzada a la que consideró siempre una guerra religiosa por encima de todo.

A los pocos días de asumir como Vicario de Cristo, Pío XII dirigía a Franco el conocido telegrama fechado el mismo día 1 de abril de 1939 en el que las Fuerzas nacionales daban por concluida la guerra y anunciaban la victoria. «Levantando –decía– nuestro corazón al Señor, agradecemos sinceramente, con V. E., deseada victoria católica España». Días después, el 16 de abril del mismo año, el Papa Pacelli dirigía un radiomensaje a todos los fieles de España, en el que entre otros conceptos decía:

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La Nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del espíritu⁴.

No me parece oportuno, para no caer en lo macabro, enumerar y describir en detalle las horribles formas en que fueron martirizados miles de sacerdotes y religiosas (éstas violadas



Asesinato de Calvo Sotelo

antes de ser asesinadas aunque tuvieran más de ochenta años). Pero ¿quién puede olvidar o soslayar estos crímenes que fueron semillero de mártires?⁵ Precisamente otro Papa, mucho más cercano en el tiempo, que conoció en su patria y en sí mismo el horror del comunismo, Juan Pablo II, beatificó y canonizó a los miles de mártires de la Cruzada. Benedicto XVI continuó con esta obra de rescate del rico martirologio que es la máxima corona de la Iglesia española del siglo XX. Hasta Paulo VI, según testimonio del Cardenal Tarancón, tuvo un reconocimiento póstumo de la figura y la obra de Franco a quien, en vida, como es sabido,

no tuvo en ninguna estima (quizás esto se haya debido a que Paulo VI fue siempre un ferviente partidario de Maritain y la democracia cristiana).

Es de lamentar, por tanto, que sea justamente mi compatriota, el Papa Francisco, quien también en esto contradiga el juicio y la actitud de sus predecesores. Lo que me lleva a recordar que ha sido decisión suya la próxima beatificación en Argentina del obispo Angelelli un activo colaborador del comunismo en nuestra guerra de los años setenta. A propósito de esta beatificación creo oportuno evocar las exactas palabras del Papa Pío XI en la ya mencionada Encíclica *Divini Redemptoris* con las que cierro estas reflexiones: «El comunismo es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que colaboren con él, en terreno alguno, los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana»⁶.

³ SS Pío XI, Carta Encíclica *Divini Redemptoris*, n. 20.

⁴ SS Pío XII, *Radiomensaje a los fieles de España*, 16 de abril de 1939.

⁵ Puede leerse el excelente libro de RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, GREGORIO: *El hábito y la Cruz*, Madrid, 2006 donde se documenta prolijamente caso por caso el asesinato de religiosas durante la Guerra Civil Española.

⁶ SS Pío XI, Carta Encíclica *Divini Redemptoris*, n. 60.